

Discurso de Trotsky en honor a la Internacional Comunista en su Cuarto Congreso Mundial

León Trotsky

7 de noviembre de 1922

(Versión al castellano de Matteo David desde "[Speech in Honour of the Communist International](#)", en *The First Five Years of the Communist International*, volumen 2, - Trotsky Internet Archive)

¡Camarada delegados al Congreso Mundial, trabajadores y trabajadoras de Moscú! ¡Soldados del Ejército Rojo, marineros, comandantes y comisarios rojos!

Una vez más dentro de los muros del Moscú rojo saludamos a nuestros queridos invitados, los representantes elegidos por los votos de la clase obrera mundial. Hace cinco años que las puertas de Moscú abrieron de par en par para los delegados de la revolución proletaria mundial. Cinco años de luchas. Cinco años de sufrimiento y sacrificio. Cinco años de lucha por nuestro derecho a existir como gobierno obrero y campesino. Cinco años de asaltos, golpes y traiciones por parte del enemigo. Cinco años de fraternal apoyo de nuestros amigos. E incluso hoy, en el quinto aniversario soviético, tenemos relaciones normales con sólo una de las grandes potencias derrotadas como es Alemania. Hasta el día de hoy no se nos ha reconocido. Pero hemos recibido el reconocimiento de la historia. Hemos sido adoptados y aceptados con entusiasmo en la familia de la clase obrera mundial. Hoy esta clase nos envía sus saludos exaltados, sellados por los lazos de solidaridad completa.

Examinando sus filas, podemos decir con tranquilidad a los periodistas, a los políticos y a todos los representantes del otro campo: lancen su experimentada mirada sobre el Moscú rojo de hoy. Examinen si existe o no una sola fisura entre el poder soviético, el Ejército Rojo y el pueblo trabajador, esa grieta que nuestros enemigos quisieran magnificar en un precipicio y en un abismo.

El gobierno soviético y la clase obrera nunca estuvieron tan armonizados como lo están hoy, después de cinco años de lucha y sufrimiento. Señores políticos del otro campo, si vuestros gobiernos albergan dudas sobre la fuerza del régimen soviético, miren atentamente las filas de guerreros, obreros y campesinos rojos que marchan hoy por la plaza.

Si los señores capitalistas esperan que el capitalismo renazca en nuestro país, se sentirán decepcionados. Para la resurrección del capitalismo en nuestro país tendrían que esperar hasta la segunda venida de Cristo.

Hoy nos dirigiremos a los delegados que han venido desde cincuenta países de todo el mundo, a los representantes de los trabajadores de toda Europa, de América, de los pueblos de Oriente, de África y de Australia, todos ellos representados en el congreso y cuyos ojos están fijos en ustedes, en el Ejército Rojo. Y con nuestra celebración de hoy les contaremos y mostraremos que no sólo esperamos pacientemente y con confianza la coronación de la lucha por la emancipación de los trabajadores, sino que no hemos estado sentados con las manos juntas. Hemos mejorado nuestra organización tanto en actividades militares como civiles. Hemos buscado incansablemente el camino hacia los corazones de la clase obrera, no sólo de los trabajadores avanzados sino, también, de los trabajadores ignorantes, débiles en su conciencia de clase y oprimidos. Diremos a nuestros hermanos y huéspedes: sabemos lo difícil que es luchar contra la Europa capitalista armada hasta los dientes. Sabemos

cuáles son sus condiciones en esta lucha y estamos listos para estar a su lado bajo nuestra bandera roja, custodiando la fortaleza de la república soviética, sabiendo muy bien que su política es correcta y conducirá a la victoria.

Todavía quedan muchas horas difíciles para la clase obrera de la Rusia soviética. Hay muchas tareas aún sin resolver por el poder soviético. Pero en la lucha hemos conquistado la paz por nosotros mismos para mucho tiempo, y todos nosotros hasta el último hombre estamos dispuestos a dejar a un lado los instrumentos de la guerra para dedicarnos a labores pacíficas curando las heridas del cuerpo de la economía de la república soviética. Queríamos paz y esperamos que durante este mismo mes se celebre en Moscú una conferencia de aquellos estados burgueses que se han peleado con nosotros y que en ella discutan el desarme. Dondequiera que se necesite colaboración para conseguir la paz, allí el poder soviético será el primero en levantar las manos.

Si recibimos una respuesta sincera y honesta de aquellos a quienes estamos invitando a hacer la paz, todos nosotros hasta el último hombre, con alegría en nuestros corazones, reduciremos nuestro ejército a la mitad, a un tercio, e incluso a una décima parte del tamaño actual. Y mientras tanto esperamos, sin renunciar a las esperanzas de que se logre la paz. Esperamos sin dejar que los rifles escapen de las manos de los obreros y campesinos.

Hemos observado una procesión de muchos gobiernos y muchos ministros que desde sus elevados tronos consideraban al poder soviético como algo efímero, algo inyectado en la historia en la cresta de una ola accidental. No hace mucho, en Génova, cuando nuestros delegados propusieron el establecimiento de relaciones pacíficas y la reducción de armamentos, Lloyd George, el representante de la Inglaterra capitalista, respondió con altivez: “Primero echemos un vistazo a qué tipo de pasajero son ustedes y entonces tal vez le llevaremos a bordo del barco.” Siguió mirándonos durante tanto tiempo que tropezó y se cayó al agua.

Por eso digo: nos quedan todavía por delante muchas horas difíciles. Más de una vez los nubarrones se juntarán sobre las cabezas de la clase obrera, pero sabemos que cuando llegue el momento, esos nubarrones se dispersarán. Dos días antes de esta celebración, la niebla había coloreado todo el blanco de Moscú, pero el calendario soviético se interpreta verídicamente. Ahora vemos banderas rojas ondeando aquí debajo de un cielo azul claro. En la festividad del quinto aniversario de la revolución de octubre incluso ha salido el sol. Sabemos que pronto vendrá el alba del sol imperecedero de la fraternidad humana, del trabajo pacífico y de la cultura superior. Previniendo esto, juntamos nueva inspiración. No entregaremos nuestras banderas y la república soviética crecerá poderosa.

En su nombre y en el nombre de todos los participantes en la manifestación de hoy propongo que saludemos a nuestros invitados con unánime y fraternal alegría. ¡Viva!

(Al concluir el discurso del camarada Trotsky, los aplausos seguían retronando en la Plaza Roja, aplausos a los que se unían las voces de todos los destacamentos militares y las interminables columnas de manifestantes)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es